

Me gustaría aclarar un par de recurrentes malentendidos: ni leer te hace mejor persona ni la música es siempre consuelo. Lo primero simplemente quería darme el placer de ponerlo negro sobre blanco, lo segundo es el hilo del que tiraré durante lo que me queda de columna que, al paso que llevo, me habré podido a base de aclaraciones que, lo estaréis pensando, tampoco están aportando grandes revelaciones.

A veces pienso que todo es leer; leemos cuadros, leemos libros, leemos películas, leemos partituras, pero nunca, nunca, nunca, en realidad, leemos música. La música se toca y te toca, las ondas nos traspasan física y emocionalmente y, contra lo que siempre había pensado, aprecio especialmente la música que me desasosiega. Algunas composiciones tienen algo de ola violenta contra la que peleamos para que no nos arrastre hasta el fondo. Acabamos saliendo de ella exhaustos y con la garganta irritada, tosiendo y sin aliento, recobrando lentamente el movimiento de los dedos de los pies hasta que volvemos a caminar y nos damos cuenta de que algo se nos ha recolocado dentro.

Eso me pasa cuando escucho el *Free jazz* de Ornette Coleman, el *noise rock* de Triángulo de Amor Bizarro o la *Chacona* de Johann Sebastian Bach. Me ha gustado mucho leer una explicación parecida sobre lo que la música puede hacer con no-

La vida o la técnica del contrapunto

Ni leer te hace mejor persona ni la música es siempre un consuelo. Son dos recurrentes malentendidos



LAURA
BARRACHINA

Alta fidelidad

sotros en el emocionante ensayo de Philip Kennicott *Contrapunto. Recuerdos de Bach y duelo* (Alpha Decay). El crítico de *The Washington Post* cuenta cómo a la muerte de su madre, una mujer con la que mantenía una difícil relación, volvió a escuchar de forma obsesiva la música



El pianista canadiense Glenn Gould.

de Bach. Ni quería ni podía encontrar consuelo en su música, pero sí entrar en esa ola de desasosiego y preguntas para atravesar el duelo.

La madre del escritor fue una música frustrada que había inculcado su pasión por este arte a sus hijos, a ratos con esa mano dura de quienes intentan que los descen-

dientes vivan la vida que los padres no tuvieron, como si los hijos fueran una segunda oportunidad para vivir lo que no se pudo. Philip Kennicott, elegante, honesto y culto, va contando esa historia personal y dolorosa de una madre permanentemente enfadada con la que apenas puede hablar de nada mezclándola

con la historia de la música de Bach, los instrumentistas que como Glenn Gould lo elevaron o reflexiones sobre la interpretación que acaban siendo metáforas de la vida, como cuando explica que Artur Schnabel, un gran intérprete de Beethoven al piano, se saltaba notas de la partitura, se equivocaba en las sonatas y sin embargo sus grabaciones se consideran magistrales. Kennicott, que reniega al comienzo del libro de la idea de que la música sea consuelo, acaba, paradójicamente, encontrándolo en ella porque con la muerte de la madre el escritor se pregunta a qué sueños conviene renunciar para seguir livianos por la vida y a cuáles conviene enfrentarse para no acabar como ella.

El autor decide enfrentarse a las *Variaciones Goldberg*, asumir el vértigo y las imperfecciones que va a cometer y simplemente darse el placer y el desasosiego de tocarlas y comprobar cómo le deja el revólver de la ola. El aprendizaje que hace Kennicott es sencillo y lo resume de la forma más concisa y bella posible: «Tras la fúnebre variación decimoquinta viene la jubilosa variación decimosexta».

Sigo creyendo que leer, en general, no nos hace mejores personas, pero leer *Contrapunto. Recuerdos de Bach y duelo*, sí.

Laura Barrachina es periodista, directora de 'El Ojo Crítico' de RNE.

Propongo que, hasta que se demuestre que tienen conciencia, las muy degeneradas inteligencias artificiales puedan ser acusadas de «plagio inconsciente». Como a George Harrison por su *My sweet lord* allá por 1976. Lo declaró culpable de plagio inconsciente el juez Owen, y después se puso a cantar, por lo que imagino, «*Owen the saints go marchin' in*». ¿Podremos acusar a las IA de plagio intencionado? ¿Tienen intención las máquinas?

Un colega testificó como perito judicial en un pleito por plagio contra Ana García Obregón (no hagan el chiste fácil o cruel de que ha plagiado a su hijo). Era un asunto sobre aquella serie con una chica de alterne o barra americana transformada en institutriz de familia numerosa. Allí fue mi colega, un profesor frío como un témpano de hielo al que conocían como «el catedrático». Anita lo miró con desprecio cuando se cruzaron en los pasillos. Luego, como en el poema del soldado fanfarrón, fuese y no hubo nada.

A María Cañas, artista plural y apropiacionista, también la acusaron de plagio por un cartel de un festival de cine. Una propuesta *pulp*,

Plagio, repetición, piojos y 'Lacan' con grelos

Quizá lo que sucede es que hemos pasado de ser un país de piejos a ser un país que no es para viejos



JAVIER GARCÍA RODRÍGUEZ

Periféricos y consumibles



Pinochos en Florencia.

reciclada y experimental. Leo este dato en la biografía que ofrece como autora de la «cubierta autoplagada» de *Plagio*, la novela algo punki de Patricia Font recién publicada en Barrett. Font escribe, creo yo, contra toda esa literatura que tiene la elegancia discreta con la que visten los testigos de Jehová los domingos cuando salen a predicar puerta por puerta en parejas que quizá no están aún contempladas en la nueva ley de familias. A Font le pides un menú del día y te pone una ración de *Lacan* con grelos.

Qué desazón con los plagios, las repeticiones, los espejos, las copulas, las reproducciones y las identidades. Qué preocupación con aque-

llo de saber de dónde vienen los niños. Con la cigüeña había menos problema. Ahora andamos entre ChatGPT y Gepetto (o Gepeto). Crear, recrear, procrear. Menudo poema. El viejo carpintero también tenía el deseo de ser padre. Italia se ha convertido en el primer país europeo en vetar el chat creativo y plagiarista. Y lo que te rondaré, morena.

Solía utilizar mi abuela María la variante *piejos* para referirse a los ftrápteros, los insectos ápteros hemimetábolos, o sea, los vulgares y recalitrantes piojos, azote de la infancia inasequible al champú de huevo. Y quizá lo que sucede es que hemos pasado de un país de piejos a un país que no es para viejos. Seguro que con todo esto de las inteligencias artificiales, la intención, los plagios, los plagios inconscientes, el apropiacionismo, *Lacan*, las cópulas, Gepetto, mi abuela María y los piojos, saldría una buena historia escrita por ChatGPT. Ah, caramba, que ya la han escrito (y es buena). La firma Pinocho.

Javier García Rodríguez es escritor y profesor de Literatura Comparada en la Universidad de Oviedo.